

BIBLIOTECA

*Los Grandes Pelms*

LA NOVELA PARAMOUNT



Hijos  
del divorcio

FOR  
Clara Bow  
Esther Halscom  
50 Cts.

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

## HIJOS DEL DIVORCIO

Sensacional asunto moderno, interpretado  
por los empuentes artistas

CLARA BOW y ESTHER RALSTON

*or*

Es un Film PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE LA CASA

PARAMOUNT FILMS, S.A.



---

Prohibida la reproducción  
Revisado  
por la censura gubernativa.

---

---

Imprenta J. HORTA, Correo, 719 - Barcelona

## HIJOS DEL DIVORCIO

---

### Argumento de la película

---

Hace algunos años existía en París una colonia americana de divorciados, y, en un lugar cercano a ella, algunos conventos en donde podían depositarse convenientemente los hijos *inconvenientes*.

Moraban allí niños temporalmente abandonados, huérfanos legales, víctimas de las costumbres disipadas de la época y de los genios mal avenidos, pobres seres faltos del cariño de un hogar tibia y amoroso: los hijos del divorcio.

Sus padres, entregados a la fiebre de este mal social, se sentían impedidos por

la compañía de los tiernos infantes fruto de sus anteriores matrimonios, y deseando separar de sí aquellos recuerdos del pasado, los internaban entre los muros fríos de los colegios.

En el internado de teresianas, situado en un bello rincón de los alrededores de París, se encontraban algunas niñas procedentes de esas desuniones melancólicas.

Una mañana, cierta elegante y despreocupada dama, internó a su hijita en el colegio. La señora iba a casarse por segunda vez y deseaba quitarse momentáneamente de encima a la hija de su primer matrimonio.

La pequeña lloraba al verse en aquel recinto donde todo tenía la tristeza de lo ignorado.

Su madre, despidiéndose de ella con un beso ruidoso, la dijo al marcharse:

—Anda, boba, no llores... Tendrás muchas amiguitas con quienes jugar y el verano que viene yo vendré a buscarte.

Desapareció la señora, y la niña fué llevada al jardín donde corrían y saltaban las otras colegialas...

La tierna muchachita comenzó a llorar al verse abandonada, pero pronto otra niña se acercó a ella y la acarició:

—Yo me llamo Julia Waddington... y tú, ¿cómo te llamas?—le preguntó.

—¡Yo? Kitty Flaniers...

—¿Tienes papás?

—Sí; tengo papá y mamá, pero están divorciados...

—Los míos también...

—Vamos a ser muy amigas, ¿quieres?

—Sí... Julia... sí...

Y se abrazaron, y desde aquel instante Kitty encontró una amiguita entre la indiferencia del ambiente.

Mas por la noche, en el amplio dormitorio del internado, Kitty, abrazada a una muñeca de porcelana, decía a Julia:

—Tengo miedo... amiguita... tengo miedo...

—¡Kitty!

Y Julia, la otra colegiala, que llevaba ya algunos meses en el convento, acudió a consolar a su compañera.

Así pasó el tiempo... Y después de unos cuantos meses de triste soledad, llegaron las ansiadas vacaciones de verano.

Los padres que tenían niñas que las amaban de veras, acudieron a libertarlas del colegio para tenerlas a su lado durante el estío. Pero las otras, las muñecas del divorcio, éstas seguirían los meses de calor en la rigidez oficial del internado.



Kitty y Julia, que se habían convertido en dos amigas inseparables, comentaban una tarde, sentadas en el jardín:

—¿Cuándo vendrán por nosotras? ¿Nunca?—dijo Julia.

—No sé... mamá me había prometido venir a buscarme...

—Ya nuestras compañeras han marchado...

Cerca del campo se extendía una mansa pradera. Aquella tarde merendaban sobre el verde césped un caballero, una señora y un niño...

El caballero, que era un arquitecto llamado Larrabee, se había divorciado unos meses antes y trataba ahora de contraer matrimonio con la señora que le acompañaba.

El niño era su hijo, habido en su primera boda.

La dama parecía tener gran interés en halagar a padre e hijo, con vistas a la formidable fortuna del arquitecto.

Acercóse al niño para besarle, pero éste rehuyó la caricia.

—Está usted perdiendo el tiempo—dijo Larrabee—. Mi hijo no quiere tratos con las mujeres.

—Pues le apuesto cien francos que le doy un beso a su hijo... y que le gustará...

—Apostado...

La señora cogió al niño y éste al ver las intenciones de su posible madrastra, escapó veloz como un gamo.

Viendo que la dama iba a darle alcance y teniendo ante él la tapia de un edificio, se encaramó por la valla, saltando al interior del convento.

Alocado por la persecución, se vió cerca de Julia, la internada, que estaba jugando con una muñeca en el jardín...

Al ver entrar allí a aquel chiquillo tan guapo, de dorados rizos y aspecto atrevido, Julia le dijo:

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Teddy Larrabee...

—¿Por qué has saltado?

—Es que una señora me quería dar un beso...

—¿No es tu mamá?

No, mamá no vive con mi papá; están divorciados...

Y el niño bajó los ojos como si unas lágrimas pugnaran por escapar de ellos.

—Mis papás también están divorciados—murmuró Julia.

Los dos niños quedáronse mirando, llenos de infantil terror, no comprendiendo aquella enfermedad de moda que separaba

los padres de los hijos. Luego Julia, calmándose, exclamó:

—Cuando te encaramaste a la tapia, me pareció que eras un oso pequeño... de esos que les llaman «Teddy Bears»...

—Por eso mi nombre es Teddy...

—¿Saltas mucho?

—Sí... Pero cuando sea hombre, ya no haré como ahora... Seré ingeniero y constructor de puentes—agregó con orgullo.

Kitty llegaba al encuentro de su amiga y se sorprendió al ver a ésta hablando con un chiquillo.

—¿Cómo? ¿Eres tú, Teddy Larrabee?—preguntó asombrada.

—¿Tú aquí, Kitty Flanders?

Y los dos se abrazaron, uniendo sus cabecitas infantiles...

—Somos vecinos—explicó luego Kitty a su amiga—. Mi casa y la suya están juntas...

Después siguieron hablando con esa rapidez inquieta de las conversaciones infantiles, pero Teddy parecía interesarse más por Julia... Habló mucho con ella...

Julia le decía al muchachito:

—Cuando sea mayor me casaré... y tendré un nene... y una casita muy mona...

No me parece mal lo del nene... Yo

cuando sea hombre, estudiaré y seré ingeniero constructor...

Se escucharon de pronto voces en la otra parte de la tapia, y Teddy dijo con repentino terror:

—Me voy... Me está buscando... Adiós, Kitty... adiós... Julia... ¡ah, tú me gustas mucho, Julia!... Cuando sea mayor pienso casarme contigo... ¿Me querrás, verdad?

—Sí... Teddy... nos casaremos—dijo dulcemente formal, la chiquilla.

Y tirándola él un beso con la punta de los dedos, escaló otra vez el muro y huyó perseguido por su padre y por la señora, los que finalmente lo dieron alcance. ¡Ah, travieso! ¿Por qué había huido?

Y como el niño siguiera negándose a dar el beso a la dama, ésta dijo al señor Larrabee:

—Tendré que darle a usted los cien francos... si su hijo se obstina en no dejarse besar...

—Guárdese usted el dinero... y deme el beso que mi hijo despreció...

Y sin importarles nada la presencia del pequeño, se besaron los dos, mientras Teddy caminaba melancólico, no pudiendo quitarse de la cabeza el recuerdo de la niña dorada que había visto...



\* \*

Pasó el tiempo.. los años cayeron para no volver... Y ahora encontramos a Kitty Flanders en América, convertida en una linda damita de sociedad.

Kitty tenía una belleza inquietante, nerviosa, altiva.. Llevaba bien sus veinte primavera juveniles.

Después de cinco divorcios consecutivos... la mamá de Kitty había perdido todo el interés que tenía en el matrimonio... Sin embargo, era preciso que su hija encontrase un buen partido...

Una mañana, en un club de tennis frecuentado por la más elegante sociedad, Kitty se encontraba hablando muy cariñosamente con un distinguido joven.

Algo apartada de ellos, la mamá de Kitty conversaba con el duque de Goncortes, cargado de blasones... y de deudas...

El duque sonreía viendo el «flirte» entablado entre los dos muchachos, y la señora Flanders le sacó de su contemplación para decirle:

—Supongo, mi querido duque, que no habrá usted dejado de observar que su sobrino no le es del todo indiferente a mi hija...

—Estaba estudiando este detalle —respondió el noble.

—Hablando con toda sinceridad, no me negará usted que trajo al príncipe Vico a América a caza de una esposa millonaria...

—Le diré a usted...

Quiso balbucir una excusa, pero la dama, que conocía las debilidades del mundo, siguió hablando crudamente:

—Pero ocurre que mi hija Kitty se encuentra en la misma situación que su sobrino... No me queda más que esta casa y una pequeña renta... Tengo que casar a mi hija con un joven adinerado...

—Es lamentable, entonces, nuestra situación, que impide unir nuestras dos familias...

Debemos resignarnos, duque...

Kitty avanzó hacia su madre y el duque lamentó en el alma que aquella encantadora joven no fuera lo suficiente rica para

casarse con su sobrino el príncipe Vico, que había perdido su fortuna.

Poco después llegaba al club una hermosa muchacha rubia: Julia Waddington, la antigua compañera de colegio de Kitty.

Las dos muchachas se abrazaron con emoción, cambiándose largos besos. Kitty dijo alegremente:

—Desde que recibí tu cable no he hecho más que contar los días... Me parece un sueño que estés aquí después de tantos años en el extranjero...

—¡Estoy muy alegre! ¡Volverte a ver... recordar los buenos tiempos!...

Kitty presentó a su compañera, y las dos muchachas fueron luego, enlazadas del brazo, a deambular por el campo, haciéndose esas gratas confidencias, tan dulces, de la juventud.

La señora Flanders, que sabía que Julia era una muchacha riquísima, murmuró dirigiéndose al duque:

—No me cabe duda que al príncipe Vico le interesará la señorita Waddington... Usted no debe ignorar que Julia es la muchacha más rica de Norteamérica...

—¡Magnífico, señora! ¡Usted debería ayudarme!...

Y mientras ellos hablaban, comentando la doble necesidad de buscar una pareja

rica, llegó al club un elegante muchacho montado a caballo...

Kitty sonrió al verlo y dijo a su compañera:

—No le recuerdas? Es ese diablillo de Teddy Larrabee... ese joven millonario que se da la gran vida.

—¿Teddy?... ¡Aquel niño que encontramos una mañana en el colegio!...

—Te he escrito a veces cosas de él, ¿recuerdas? Iremos a saludarle...

Se acercaron al muchacho. Este, delgado y fino, saludó cariñosamente a Kitty sin prestar atención a la otra muchacha, y explicó:

Kitty, mi padre me apostó mil dólares que no sería capaz de montar este caballo hasta aquí y tomarme un *cocktail* antes de que me arrojase de la silla.

Y con las riendas procuraba calmar al brioso animal, que pretendía alzarse sobre sus patas traseras.

Kitty, que había cultivado en la sociedad neoyorquina la amistad con su antiguo amiguito de infancia, le entregó una bebida que él apuró de una vez.

Luego Kitty le señaló a Julia...

—¿No la conoces, Teddy?

El, que no la había vuelto a ver desde



aquella entrevista lejana en el colegio, hizo un gesto de incomprensión.

—¿Pero es posible, Teddy, que no te acuerdes de Julia Waddington?

—Julia... ¿caso aquella niña?

—Sí... sí... la que viste aquel día en un colegio de Francia.

Una profunda alegría se apoderó de Teddy al ver a la muchacha... ¡Qué guapa era! Con qué serenidad miraban sus dulces ojos azules!

—¡Hola, Julia!—le dijo.

—Hola, Teddy.

Kitty le había hablado muchas veces a él de su amiguita, y ahora, al tenerla delante, se sentía lleno de júbilo...

Quedaron un momento solos, pues Kitty se dirigió al grupo que formaban su madre y el duque para hablar con ellos.

Y aquel momento lo aprovecharon los dos jóvenes para recordar los tiempos pasados.

Julia tenía una voz tan dulce, que insensiblemente adormecía como una música bella el corazón...

De modo repentino Teddy se sintió interesado por aquella linda mujer... Volvió en seguida Kitty y le dijo:

—Esta noche mamá dará una fiesta en

obsequio de Julia... ¿Verdad que vendrás a ella, Teddy?

—No faltaré de ninguna manera—respondió rápidamente el joven...

Hizo Kitty una mueca casi invisible de disgusto... Le pareció que Julia sentía demasiado interés por su amigo... Mas procuró acallar ese pensamiento.

¡Ah, en el alma de Kitty se albergaban bien distintos sentimientos! Ella era pobre... y necesitaba, por consejo maternal, casarse con un hombre rico... Pero, Kitty sentíase bastante enamorada del príncipe Vico, que desgraciadamente no tenía un céntimo.

No podía, pues, casarse con él de ningún modo... Y su madre le aconsejaba muchas veces que procurara «escudar» a Teddy, mas ella estaba tan enamorada del príncipe...

Por la noche, la fiesta en casa de la madre de Kitty fué incomparablemente hermosa.

Muchas parejas bailaban, agrupándose en el gran salón... La señora Flanders no podía ocultar su alegría viendo tanta gente en su casa.

Kitty estaba bailando con el príncipe Vico cuando se acercó Ted y y apartándole de su pareja se puso a bailar a su vez con la muchacha.

—Usted perdone—dijo riendo al prin-

cipe—, es una antigua costumbre del país.

El príncipe Vico se quedó inmóvil, sin comprender aquella libertad. Julia, que había presenciado el cambio, se acercó a su vez a Teddy y le separó de Kitty:

—Perdona, amiguita... es una antigua costumbre...

Y bailó con él entre sonrisas delicadas...

Kitty, un poco disgustada, volvió al lado del príncipe Vico y los dos comenzaron a platicar.

Julia y Teddy, una vez terminado el baile, salieron a la terraza.

El muchacho encontraba de perlas a la rubia encantadora... Desde el primer instante en que la vio, su corazón quedó prendido en el amor... Recordaba haber sentido ya de niño aquella impresión de cariño al verse al lado de Julia.

La poética luna les envolvía con su manto azulado... Se oía el susurrar de las hojas de los árboles y del agua que iba cayendo en un tazón.

Teddy murmuró, conmovido:

—Si mal no recuerdo, un día nos prometimos que cuando fuésemos mayores nos casáramos...

Ella se echó a reír...

—Recuerdo un convento cercano a París

y un muchachito que se encaramó a la tapia—siguió diciendo.

—Cuando somos niños decimos muchas tonterías—respondió Julia, con indiferencia.—¿No es verdad? Entonces nos prometimos seriamente... ¡Qué necedad!

—¿Y por qué necedad? ¿No era aquello un presentimiento de lo que tendría que venir?... Yo la amo, Julia...

—Es imposible... No diga esto...

Se reía de él y rechazaba las manos atrevidas que querían acariciarla.

Y volvieron al salón para arrancarse del ambiente sentimental en que estaban.

Poco después, en la terraza, el príncipe Vico y Kitty hablaban del tema eterno del amor...

—¿Por qué no nos casamos, Kitty, amándonos como nos amamos?

—No puede ser, Vico... Para segundo marido no estarías mal, pero para la primera aventura de una joven resultas un lujo demasiado costoso...

—¿Por qué hablas de este modo?—protestó él.—Tú no puedes negar que me amas, Kitty... Nos casaremos esta misma noche...

La muchacha, criatura frívola, que sabía acallar las voces del sentimiento, respondió, matando su amor:



—Esto es imposible, Vico... te quiero, pero... Tengo que casarme por dinero... Hace muchos años que mi madre me está predicando lo mismo... Tú... desgraciadamente eres pobre como yo... Nuestra miseria sería mucho mayor uniéndonos...

—O desaparecería... El amor no piensa en esas cosas... La verdadera fortuna la llevamos nosotros teniendo brazos y gana de trabajar.

—Imposible, Vico!—repuso ella, calculista—. Bien claro lo ha dicho tu tío a mi mamá... Tú no tienes otro remedio que casarte con una muchacha rica...

—No me conoces bien... Kitty... Yo sólo te amo a ti...

—Es un sueño... Seríamos pobres, Vico... La pobreza mataría nuestro amor y acabaríamos por aborrecernos y odiarnos...

—Pues tú lo quieres... sea... Pero nunca te olvidaré...

Se alejó con melancolía, comprendiendo la ruptura definitiva de sus ilusiones... Y Kitty quedó a su vez silenciosa, atormentada por extraños pensamientos hasta que de pronto se echó a llorar.

—Y le quiero... le quiero! ¡Y no puede ser!

Se serenó repentinamente. Tenía la fuerza de voluntad de algunas mujeres que

matan en silencio su corazón... ¡Al diablo, pues, con aquel recuerdo! Ella era bastante frívola y divertida para substituir el amor perdido...



—No me conoces bien, Kitty. Yo sólo te amo a ti...

Se levantó y volvió al salón. Vió a Julia y a Teddy que seguían hablando.

Acercóse, y viendo que hablaban muy suavemente comprendió que tal vez aquella

promesa de amor de los tiempos infantiles volvía a sus corazones.

—Date prisa, Julia—dijo riendo—y cóstate con Teddy... Si no te casas tú con él, lo haré yo...

Teddy le dijo, seriamente:

—Quizá tenga que decirte algo luego acerca de esto, Kitty...

—Por Dios, Teddy... Supongo que no me desdenarás por adelantado...—respondió bromeando.

—¡Naturalmente!

Julia, parecía ajena a ese diálogo. En el fondo amaba a Teddy, pero la vida que éste llevaba de hombre entregado a la diversión, la contrariaba. Hubiera deseado verle trabajar en algo serio...

El príncipe Vico, disgustado a su vez por los desdenes de Kitty, le decía a su flor:

—Volveremos a París inmediatamente... Si no puedo casarme con Kitty, no me casaré con nadie...

—Piénsalo bien... ¿Y el dinero?

—Me ha hecho ya todas las reflexiones... A nadie más puedo amar...

Y terminó aquella gran fiesta sin que las dos parejas se pusieran de acuerdo. Cada una pensaba algo diferente y el amor no era posible!

Todas las tardes, durante los quince días siguientes, Teddy visitó a Julia.

Se sentía locamente interesado por esta muchacha, deseando que ella le diera el ansiado sí...

Mas Julia se mantenía en una reserva cariñosa.

Una tarde, al entrar, deshaciendo astutamente su corbata, Teddy la dijo:

—Julia, haz el favor de arreglarme este maldito lazo.

Ella, sonriente, puso manos a la obra... y de pronto, mirándose tiernamente los dos jóvenes, cambiaron un corto beso.

Julia, arrepentida de lo hecho, se tornó seria y grave.

—¡Qué tontería!—exclamó—. ¿En qué estaba yo pensando?

—En mí, seguramente... Un beso es una



promesa que me haces, Julia... ¿Cuándo nos casaremos?

—¡No, no..., yo no te he prometido nada, Teddy!... El matrimonio es una cosa demo-



—Haz el favor de arreglarme este mal-  
dito lazo.

siado peligrosa para lanzarse a él a ciegas...

Es que yo te amo, mi Julia...

La joven sonrió y vaciló antes de con-  
testar... Era gallardo y simpático ese ele-

gante *sportman*. Ella le quería. ¡Pero si  
fuese más formal!...

—Tenemos que estar seguros de noso-



—Un beso es una promesa que me haces,  
Julia...

troz mismos... Conócernos mejor el uno al  
otro, Teddy...—le dijo.

Y contemplándolo tiernamente, agregó:

—Vamos a ver. ¿Qué haces? ¿En qué  
pasas el tiempo?

—¿Qué quieres que haga, chiquilla? Vi-

vir lo mejor posible... Mi padre es lo suficiente rico para que yo no haga nada... Yo sólo adoro los deportes...

La voz de Julia adquirió una inflexión dulce:

—Pues mira—le dijo—. ¿Te acuerdas del muchachito que quería ser ingeniero constructor e ir a trabajar?

—Ya lo creo!

—Pues es el hombre con quien quiero casarme—agregó lentamente...

Una gran emoción se apoderó de Teddy, adivinando tal vez las causas por las cuales ella se negaba de momento a la boda...

—Es cierto que me gradué de ingeniero—le dijo—, pero, ¿qué necesidad tengo de construir puentes cuando soy lo suficiente rico para comprarlos hechos?

—Aquí está precisamente el mal... No puedo casarme contigo hasta que comprendas que la felicidad no puede conseguirse con dinero... estando ocioso y divirtiéndose...

—Pero... muchacha: ¿crees tú que el dinero no da exclusivamente la felicidad?

—Muchas veces proporciona la desgracia... Nuestros padres cometieron ese error, Teddy... Se casaron por interés... Los dos somos hijos del divorcio... Lo que les ocu-

rió a ellos, nosotros tenemos que evitarlo...

—Pero es otro caso...

—Idéntico... La ociosidad engendra el aburrimiento... Y el aburrimiento, la inmediata separación... Es preciso que si nos casásemos, nuestros hijos no se viesen privados de la simpatía, del amor y el consejo paternó... como nos vimos nosotros...

—¿Es ese el motivo de tu enfado conmigo? Pues ahora voy a trabajar, amor mío... voy a ser un verdadero hombre...

—Si lo haces así...

—¿Me amarás entonces? ...

A lo menos te harás digno del amor...

—Pues verás como me convertiré en un trabajador que hasta tú tendrás que decirme muchas veces: «No trabajes más, señor ambicioso...» Y yo te contestaré: «Ah, señora... ¿y nuestros hijos? ¿Es qué no deben ver nuestro ejemplo?»

—A hacerlo pronto, Teddy...

Mañana empezaré...

Y despidióse alentado por la bella amiga, convencido de que por fin había llegado a averiguar las causas de su desvío y deseoso de poner remedio eficaz a ello.

Algunos días después, la juventud dorada no sabía llevarse el *coktail* a los labios de puro sorprendida. ¿Cómo no había de ser así, si uno de sus astros más



resplandecientes la había abandonado para irse a trabajar?

Había comentarios para todos los gustos... Aquel chiquillo se habría vuelto loco...

Y cierta tarde, un nutrido grupo de muchachos de ambos sexos, capitaneados por Kitty, acordaron ir a visitar en su despacho al joven trabajador.

Julia, que se sentía hondamente complacida del cambio experimentado por su amigo, no quiso acompañarles a la fiestecita y aun recriminó duramente su proceder.

Llegaron todos alborotando y riendo a carcajadas, al despacho del ingeniero.

Un criado, un viejo ayuda de cámara de Teddy, quiso impedirles el paso:

—No puedan ustedes entrar... el señor Larrabee está muy ocupado con los planos para la construcción de un puente...

—No sea usted pesado —contestó Kitty—. Si el señor Larrabee tiene planos, nosotros tenemos planes.

Y avanzaron hacia la puerta del despacho del ingeniero.

Llevaron el rótulo de metal que campeaba sobre ella:

*Eduardo Larrabee.*

*Ingeniero constructor.*

—Es gracioso —dijo Kitty, alborotada—. Y con lápiz escribió al lado:

*...y a ratos destructor...*

Irrumpieron en fila y dando grandes gritos en la habitación. Teddy salió a recibirlos malhumorado. ¿A qué venían?

Pero Kitty, a quien las lecciones de su madre para que cazara a ese muchacho rico no quería ahora desperdiciar, le dijo, abrazándole cariñosamente:

—Ven con nosotros, Teddy, que afuera tenemos seis autos esperando y vamos a salir temprano para volver tarde...

—¡No puedo... no puedo!

—¿Es que te das de menos de ir con nosotros? —protestó uno de los amigos.

Viéndose perdido, Teddy se resignó:

—Os seguiré por complacerlos y para que no continuéis molestándome... Pero es prometido que esta es positivamente la última vez.

La última vez por hoy, ¿verdad? ¡Encantados!... —dijo Kitty.

—Oh, no lo tomes a broma... Tienes que saber que ahora soy un hombre que vive de su trabajo de construir puentes.

—¿Puentes de plata? ¿Es que haces de dentista?

—No, de acero... De esos que general-

mente pasa agua por debajo de sus arcos.

—Pues no vayas a ahogarte... Vê con mucho cuidado... Arréglate pronto...

Le colocaron casi a la fuerza el abrigo y el sombrero y le hicieron descender las escaleras hasta la calle...

Allí subieron a los coches y comenzaron su marcha veloz hacia la alegría descabezada.

Y en el despacho, el viejo mayordomo quedó haciendo sabrosos comentarios....



Fué aquella una noche de escandalosa orgía en una solitaria hostería de la ciudad. Baile... bebida... luces y risas...

Teddy bebió demasiado... Ante él veía el rostro de Kitty, besándole, esfumado por el humo de los cigarrillos turcos...

El eco de su voz se escuchaba a lo lejos... Todo le parecía extraño al joven Teddy en aquella atmósfera de embriaguez...

Pasaron horas... largas horas... hasta amanecido... Después...

A la siguiente mañana, cuando entraba ya el sol del mediodía, Teddy se levantó de un diván...

Restregóse los ojos y se encontró en su piso de soltero... Apenas se acordaba de lo que había hecho la noche anterior... Adivinaba confusamente ante él extrañas imágenes...

Se sorprendió al ver en su cama a una hermosa mujer... Reconoció asombrado a Kitty, que cubría su cuerpo con un pijama de él...

—¿Qué es eso?—exclamó él sin comprender—. ¿Cómo estás aquí? ¿Dónde has pasado la noche?

¡Graciosa pregunta!—respondió Kitty, riendo—. ¿Que dónde he pasado la noche?... ¡Vaya una preguntita!... ¡Pues aquí mismo... contigo!

—Por Dios, ¿Qué es eso? ¿Tú en mi casa... y en mi cama?... ¡Válgame el cielo!...

—No te preocupes... ¿Pues no te acuerdas, Teddy, que anoche nos casamos?

—¡Oh!

Lanzó una exclamación de asombro y pasóse las manos por la frente como si quisiera coordinar sus ideas extraviadas.

—Sí... es verdad... ¿Qué hemos hecho!



Y volvió a dejarse caer en el diván desolado por la realidad.

Poco a poco fué recordando lo que había ocurrido en la fiestecita de la hostería.

Bebieron demasiado... Ella, aturdida también por el alcohol y viendo bailar en su cabeza los pensamientos de su madre, le había propuesto que se fuesen a casar inmediatamente... y él, loco, había accedido...

Ante sus ojos veía una mujer hermosa, de labios rojos de vida que le ofrecía juventud... Y Teddy, débil, juguete de los encantos femeninos, cometió la locura de acceder.

Se habían casado en casa de un pastor, cuando éste ya se disponía a meterse en cama...

Luego la alegría... la gloria... y el triste e imborrable despertar...

—¿Por qué me he casado yo?—murmuró Teddy, estremeciéndose—. ¿Es que me he vuelto loco?

Llamaron a la puerta; Kitty saltó del lecho y envolviéndose en un vaporoso salto de cama abrió la puerta.

Un criado traía una carta para Teddy que ella le entregó.

El joven, aturdido aún por la locura cometida, rasgó el sobre y sus ojos devoraron el escrito:

*Mi querido Teddy:*

*Después de todo, hice mal en alejarte de mí... ¿Qué significa para ti mi amor si no es lo suficiente intenso para retenerte a mi lado?... Ven a mí, amor mío, y estoy dispuesta a casarme cuando tú quieras.*

*Julia.*

Aquella carta le devolvió violentamente a la realidad. Lanzó un grito de desesperación viendo que había contraído matrimonio con una mujer a la que no amaba, engañado por la locura de una noche, y que, en cambio, la hermosa que realmente quería, le brindaba ahora la felicidad imposible.

Negóse a explicar a Kitty lo que decía, la carta.

—Se trata de un negocio importante—explicó—. He de marcharme... No volveré hasta dentro de unas horas.

—¿Deja los asuntos al diablo! ¿No estamos en plena luna de miel? ¿Pues a celebrarla! Es preciso que vayamos a ver a mi mamá y a tu familia para comunicarles nuestra unión... Qué cosa tan inesperada, ¿eh? Pero nosotros nos queremos siempre...

—No puedo dejar ese asunto... No me entretengas más. ¡Ya regresaré más tarde!...

Y vistiéndose en un santiamén, besó los

labios de Kitty y abandonó nerviosamente su hogar.

Por el camino le embargaron dolorosos pensamientos... ¿Qué iba a decir Julia



—*Se trata de un negocio importante.*

cuando se enterase de lo ocurrido? ¿Qué infamia! Él había estado suplicando días

enteros el amor de aquella mujer, y cuando ella se rendía finalmente a su cariño, Teddy acababa de casarse. ¿Había un proceder más vil?

Le pareció no llegar nunca a casa de su enamorada. Por fin llamó a la puerta y se hizo anunciar.

Esperó nerviosamente en el salón, dando vueltas nerviosamente al sombrero.

Julia salió a recibirle.

Vió en los ojos de su amigo algo anormal triste y preguntó:

—¿Qué te pasa, Teddy? ¿No has recibido mi carta?

—Tu carta llegó a mis manos un día tarde... ¡Estoy casado, Julia!

—¿Casado? ¿No es posible! respondió Julia, pálida por la sorpresa—. ¡Qué absurdo!

Te parece extraño, ¿verdad? También a mí me lo pareció. Ha sido la fatalidad, el destino incomprensible, lo que me ha llevado a ese estado...

Estaba desalentado, afligido... Las lágrimas se agolpaban a los ojos de Julia.

Ella le cogió las manos, y mirándole dulcemente le dijo:

—No acabo de comprender... ¿Cómo ha sido eso? ¿Con quién te has casado?



—Mi mujer es Kitty—murmuró él con voz de agonía.

En aquel momento abrióse la puerta y



—¿Con quién te has casado?

apareció en el umbral la delicada figura de Kitty Flanders.

Kitty había encontrado en el batín de su marido la carta de Julia, y sospechando que su amor peligraba acudía a sorprenderlos.

Julia la miró con temor, y Teddy procuró esquivar sus ojos amenazantes. La esposa avanzó hacia ellos, y señalando el anillo nupcial, dijo:

—¡Admirable! La insignificante novia de una noche no debe turbar la felicidad de dos grandes amantes; ¿no es esto?

Y lanzó una mirada de profundo desprecio a su antigua amiga... Julia, sin comprender, balbució:

—Yo no sabía, Kitty, que tú quisieras a Teddy.

—No te dije que si tú no te casabas con él, me casaría yo?—rugió la esposa. —¡Bastante tiempo te di para que lo pensases! Y ahora que me caso con él, ¿ahora me lo quieres quitar, mala amiga?

Teddy rugía de indignación ante los insultos de Kitty.

—Yo no aguanto esto—gritó—. Pediré el divorcio... Tú has cometido un atraco conmigo, obligándome a casarte... ¡Pero yo no te amo!

—Mientes, Teddy, mientes—gritó Kitty. —Tú me quieres, ayer me lo dijiste. ¿Que habías bebido? No importa... Tú me quieres. Y no te divorciarás... Me enseñaron a cambiar de marido, pero no tan rápidamente...

Parecía dispuesta a defender la legalidad

de su matrimonio... Pero Julia, comprendiendo que le habían quitado a Teddy a la fuerza, pensaba reconquistarle:

—Tendrás que divorciarte dijo malé-



—¿No te dije que si tú no te casabas con él, me casaría yo?

volamente—. Teddy no te ama... Ya lo has oído...

—Ah, toda la vida fuiste enemiga acérrima del divorcio; pero ahora, como que se trata de robarle el marido a otra mujer

y cres tú la que lo hace, has cambiado de opinión, ¿verdad?—gritó Kitty.

Julia calló, bajando la cabeza... Teddy se pasaba frenético, deseoso de terminar aquella escena dolorosa.

—Podiste casarte con él y no lo hiciste cuando aun era tiempo—siguió diciendo Kitty—. Y ahora quieres robarme la mija de felicidad de que podría gozar en la vida...

En aquel instante, con la dulce ilusión del comienzo matrimonial, se consideraba verdaderamente enamorada de Teddy, y esta emoción de amor la hacía llorar intensamente.

—Es inútil—dijo Teddy, enfurecido—. Nuestro matrimonio ha sido una comedia. Pediremos el divorcio y despertaremos de este sueño estúpido...

Kitty seguía llorando... Conmovida Julia por aquel arrebatado de amor, se acercó y le dijo en voz muy tenue:

—¿Crees que está en tus manos el hacer la felicidad de Teddy?

Kitty hizo con la cabeza una afirmación.

Meditó Julia un momento... Después de todo, ¿quién sabe! Tal vez ellos se amasen realmente! Al fin y al cabo, Teddy había tratado más a Kitty que a ella. ¿Por qué no creer en aquel amor?



— Hazme el favor de dejarme un momento a solas con él... Quiero hablar con tu marido.



— *... toda la vida fuiste enemiga acérrima del divorcio...*

— No, no... tú quieres convencerle para que se quede contigo.

— Te prometo que te lo devolveré... — repuso Julia severamente.

Atemorizada y miedosa, Kitty salió del salón.

Teddy permanecía en un rincón... Cuando quedaron solos, Julia, repentinamente generosa con su amiga, dispuesta a ahogar sus anhelos amorosos en aras de la otra, dijo:

— Teddy... Es preciso que te sacrifiques. Debes continuar con ella.

No puedo... Julia... No quiero perderte... Ella se ha casado conmigo a la fuerza... Es menester desunir lo que nunca juntó el corazón...

La mano blanca de Julia se posó sobre la cabeza de él.

— ¡Quién sabe, Teddy, si ella te quiere más que yo!... Y en todo caso, ya que nosotros hemos llegado demasiado tarde, seamos generosos con ella... Quizá encontraremos los dos la felicidad haciéndola a ella feliz.

Ann hizo sus reflexiones el muchacho, pero viendo el noble impulso de Julia, exclamó:

Si tú lo quieres así, sea... ¡Me sacrificaré por ti!... No olvides, Julia, que estoy siempre dispuesto a hacer tu deseo...

Ella sencillamente le tendió la mano y

llar el amor perdido buscando en los viajes el alivio a su dolor.

En su peregrinación por el mundo había-se tropezado con numerosos adoradores que aspiraban a su mano y a su cuantiosa fortuna. A todos había rechazado.

Pocos días después de haber llegado a París, Julia recibía una carta del duque de Goucorne:

*Mi estimada señorita Waddington:*

*Mi sobrino, el príncipe Vico y el que estas líneas suscribe, acabamos de enterarnos de su llegada a París después de un viaje alrededor del mundo.*

*Aprovechando esta feliz ocasión, nos permitimos invitarla a usted al te de mañana, con la seguridad de que nos veremos honrados con su presencia.*

*De usted muy respetuosamente,*

*Enrique de Goucorne.*

Por distraerse, Julia aceptó la invitación del príncipe de Vico, y a la tarde siguiente fué a su casa.

El duque y Vico rivalizaron en amabilidad y atenciones con ella; parecían querer abrumarla a copia de múltiples agasajos.

Unas damas que concurrían a la reunión, viendo a Julia y a Vico, comentaron:

—Me parece que esta vez el duque no



*...Julia aceptó la invitación del príncipe Vico...*

permítirá que la fortuna de Waddington se le escape...

—Es una jovencita encantadora... Yo creo que Vico hará suerte si se casa con ella.

Vico se mantuvo correctamente durante



aquella tarde, sin aludir para nada a las lejanas posibilidades amorosas.

Además, él no había podido olvidar a Kitty. Pero, convencido de que era necesario dorar sus blasones arruinados, acabó por acceder a los deseos de su tío y se dispuso a sitiar el corazón de la rica señorita Waddington.

Ni una sola palabra dijo aquella tarde, pero unos días después el príncipe acudió a visitar a Julia en su domicilio.

Tomaron el té, y de pronto él le declaró su amor en frases apasionadas. Ella, sonrió al escuchar aquella tierna y romántica pasión y respondió con una sonrisa dictada por el convencimiento:

—No, príncipe, no! ¿Cómo puede ser posible lo que me pide, sabiendo, como usted sabe, que no nos amamos?

—Le ofrezco a usted todo lo que me es dado ofrecerle... Mi nombre y mi respeto...

Parecía el príncipe realmente conmovido, pero ella, sonriente, le respondió:

—Voy a devolverle franqueza por franqueza... No pienso casarme nunca...

—¿Tanto puede algún otro amor?

Nada de eso... Mi corazón quiere mantenerse absolutamente libre...

En aquel punto e interrumpiendo el diálogo apareció Kitty Flanders, quien se

echó al cuello de su amiga Julia, cubriéndola de besos.

Las dos compañeras no se habían guardado rencor; inclusive se escribían largas cartas desde distintos puntos del globo, y ahora al encontrarse de nuevo su alegria no tenía límites.

Julia, a pesar de la acción poco noble de su amiga al quitarle a Teddy, sabía, con grandeza de alma buena, perdonar... Y ni un asomo de ira se retrató en sus ojos al ver a la triunfante rival.

Julia, querida mía, acabamos de llegar a París... No he perdido un minuto en venir a verte...

—¡Kitty... si vieras lo contenta que estoy!

Y las dos compañeras se miraban, como si entre ellas no hubiese habido nunca un drama de celos.

Luego Kitty vió al príncipe Vico que aguardaba a alguna distancia y le saludó con cautelería:

—¿Cuánto tiempo ausentes, verdad, cuánto tiempo!

—Sí, antes me veías más—dijo Vico, inclinándose con respeto.

Saludó con cierta frialdad, sintiendo que a la vista de la mujer que le había desdena-

do resurgía el antiguo amor... Pero quiso aparentar serenidad.

Kitty siguió riendo con alborozo, mirando a Vico con una sonrisa pueril que parecía ocultar algo muy triste de su alma... Ah, a pesar de todo, Vico había sido su primer amor, y al que ella había sacrificado en aras del dinero.

Serenándose, añadió:

Hemos tomado con Teddy, mamá y la niña varias habitaciones en el hotel para la temporada... Mañana cenaréis los dos con nosotros, sin falta, ¿verdad?

Al escuchar el nombre «niña», imperceptiblemente Vico se estremeció... ¡Ah, ella había formado otro hogar en que nacía ya la dulce flor de la infancia! Todo, pues, le separaba más de ella...

Quiso excusarse, balbuciar una negativa, pero Kitty le atajó:

—No te perdono tu ausencia. No debes faltar... Hemos de ser tan amigos como antes...

En tal caso, no quería aparecer grosero... iré... Y ahora, permítanme que me retire... Ustedes tendrán que hablar muchas cosas, y yo aprovecharé para otros asuntos mi tiempo...

Se despidió de las dos mujeres y abandonó la casa.

Al llegar a la calle creyó respirar con mayor holgura... En la casa se asfixiaba, cerca de aquellas dos jóvenes; la una había sido su grande y primer amor y la otra era la necesidad de su porvenir, la seguridad de su riqueza.

Cuando Kitty y Julia quedaron solas, ésta dijo con dulzura a su compañera:

—Me estoy muriendo de ansiedad por ver a tu hijita. Debe ser muy guapa!

—Sí... lo es...—repuso, seriamente la madre.

Luego Julia preguntó con cierta indiferencia:

—Y Teddy, ¿cómo está Teddy?

Una sonrisa de pena se reflejó en los labios de la esposa. Moviéndose nerviosamente los guantes, respondió:

—Teddy está bien... Teddy es ahora como tú lo querías... No piensa más que en trabajar...

—Debes ser feliz con él, ¿no? ¡Lo merecías!

Y en sus palabras no había ni un asomo de ironía, únicamente interés.

Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios de Kitty al responder:

—Teddy te ama todavía, Julia...

—¡Mujer!

—Sí, Julia, comprendo que fui una



egoísta!... Quería su dinero para mí... Y nuestro matrimonio nos ha hecho a los dos completamente desgraciados...

—Vamos... vamos... estás muy nerviosa... No puede ser cierto lo que me dices...

—¡Es verdad!... ¡Si tú supieras... lo que sufrí! ¡Eso es mi castigo! ¡Haberte quitado el muchacho que tu amabas!... Cierto que Teddy durante los años de matrimonio nunca me ha sido infiel... Pero siempre tan indiferente conmigo, siempre tan frío... Comprendo que nada significo para él, que le aburro. ¿Cabe mayor tortura?

Y comenzó a llorar en el regazo de su amigueta, explicando entre sollozos entrecortados todo lo que había sido su vivir melancólico al lado de él.

Si Julia hubiese sido una mujer de ordinarios sentimientos se hubiese alegrado de la derrota de su rival. ¡Era su venganza! ¡Ver cómo la rival sufría!

Pero se conmovió al ver sus lágrimas... Pensó en que aquella mujercita había sido víctima loca del interés que crecía en su carrera galopante saltar los obstáculos del sentimiento. Y no la odió... Más bien sintió una gran lástima por ella.

—¡Pobrecita! Pero no te desanimes tanto... Debes reaccionar... pensar en tu hija... Una madre no se debe únicamente a sí...

Y tantas palabras de ternura la dijo, con tanto cariño la trató, que Kitty aban-



—*Hemos de ser tan amigos como antes...*

donó aquella casa bañada en la esencia grata de la amistad...

La noche siguiente, Julia Waddington fué al hotel de los Larrabee...

Había algunos invitados a la cena que daban en el hotel. Hacía ya rato que se encontraba allí el príncipe Vico.

Kitty recibió cariñosamente a su amiga y le dijo:

—Teddy ignora que hayas de venir... He pensado darle una sorpresa...

Y había en sus palabras como una renuncia hacia la amiga noble que se sacrificó.

Teddy llegó hasta ellas. Interrogó con la mirada a su esposa... Cómo... ¿Julia allí?

Supuse que le sería grata su visita— dijo Kitty—. Ella ha sido tan buena para nosotros...

—¡Julia... cuánto me alegro!

Puse un beso en sus manos...

Julia lo contemplaba con palidez, sintiendo latir su corazón ante la presencia de ese hombre que había constituido su vida...

Kitty, discreta, les dejó... Parecía tener deseos de que se quedasen solos, como un premio a la separación de tanto tiempo...

—¡Es un placer volverte a ver, Julia!— le dijo él, conmovido—. Pero yo no sé si esa visita nos traerá más dolor que felicidad...

—Ni una cosa ni otra... ¡Créeme... he

venido por Kitty! ¡La quiero tanto.... ¡Es mi buena compañera!



—*¡Salgamos un poco a la terraza, Kitty?*

Y mientras ellos departían con sueños imposibles, Kitty, melancólica, se aburría...

Vió que avanzaba hacia ella el príncipe Vico y su alma tembló ante ese hombre del pasado.

—*Salgamos un poco a la terraza, Kitty?*

—le dijo Vico.

—*Vayamos...*



Se alejaron los dos hacia el jardín, poblado de fantásticas sombras... A lo lejos París perfilaba sus maravillosos edificios.

Kitty alzó los ojos y contempló la luna plateada, y suspiró.

El príncipe lentamente le habló:

—Dime, ¿has sido feliz, Kitty...? Yo no te guardo rencor... Háblame con sinceridad.

—¿Feliz? ¡Ay, Vico... si supieras cuánto he sufrido por despreciar tu amor!

—¿De veras?

Ella prosiguió, con los ojos bañados en lágrimas:

—Me imaginé que para ser feliz necesitaba dinero... y ahora me doy cuenta de que la vida sin el amor resulta vacía y sin objeto...

En sus palabras parecía haber un sentimiento de abandono, y miraba al príncipe, en el fondo de los ojos, con una actitud implorante.

Vico la contemplaba tristemente. ¡Pobre mujer! ¡Bien caro había pagado su arrebatol!

Llegaba a ellos el eco de la lejana música... Kitty, mujer pasional, vela a su lado al hombre que había sido su ensueño... y que ella estúpidamente rechazara...

—¿Cuán loca había sido! ¡Con su matrimonio había destruido varias almas! ¡Por-

que pensaba que Teddy amaba a Julia... como ella quería al príncipe!...

—No te queda otro camino que la resignación—murmuró Vico—. Es tu deber... y yo debo respetarlo...

Pero Kitty parecía haberse olvidado de todo y murmuraba con insinuación:

—Vico, no puedo continuar así... Voy a dejar que Teddy entable demanda de divorcio...

Cogió una mano del joven que éste retiró, dejándola caer inerte... Era una cosa fría...

Sorprendida Kitty, le dijo:

—¿No me amas ya, Vico?

—Te amo y te amaré siempre, Kitty—dijo mirándola con ojos de dulce pasión.

—Pues entonces... Vico... piénsalo bien... un divorcio... mi madre se divorció muchas veces... piénsalo bien... aun podríamos casarnos...

—No, Kitty; tu casamiento cerró la puerta de nuestra felicidad, y mi religión no consiente el divorcio...

¡Vico!

Quiso brindarle los labios. No le había olvidado nunca... nunca... Pero él suavemente la rechazó:

—Sería una locura... No hablemos más... Te amo demasiado para quererte de otra

manera que no sea como esposa... Y no, no puedo casarme contigo...

— ¡Bien... ya veo que no me quieres ...

— Hemos llegado demasiado tarde! Acuérdate que un día me dijiste que la pobreza engendraría el odio y el aborrecimiento... ¡Tú lo quisiste! Ahora sólo debemos llorar...

— ¡Pobre de mí! ¿Qué va a ser de mi vida!

— ¡Deber... cariño!... Tu niña ha de ser tu amor...

— ¡Sí... sí...

Volvió al salón seguida del príncipe, que lloraba por dentro, pero que había tenido la nobleza de renunciar su cariño imposible...

Mientras tanto en un rincón de la sala, la otra desdichada pareja Julia y Teddy conversaban también sobre sus vidas distintas...

Aquí era él el que se lamentaba de su dolorosa situación, mientras ella mantenía la serenidad del deber.

— Es inútil empeñarse en luchar contra lo imposible... Sin ti no seré nunca feliz...

— ¿Por qué? Conmigo tampoco lo serías...

— Te engañas, Julia... Pediré el divorcio, y cuando lo haya conseguido nos casaremos. Yo no quiero a Kitty...

Una niña apareció en aquel momento y se echó en brazos de Teddy. Era su hija, una preciosa rubita de ojos azules...

— ¿Es ésta tu hija? ¿Qué preciosidad!

Ella la cubrió también de besos hasta que llegó una *miss* y a una orden del padre se la llevó.

— ¿Ves? Tú te debes a tu hija... Si yo no hubiese reaparecido en el camino de tu vida conyugal, ¿no te habrías sacrificado por el amor de tu hijita? ¿Verdad que entonces te hubiera parecido más tolerable la existencia al lado de Kitty? Pues haz cuenta de que yo no he vuelto...

— Pero tú has vuelto, Julia, y yo no quiero perderte de ninguna manera...

— Es ya tarde para no pensar más que en nuestra propia felicidad... No debemos sacrificar a tu hijita en aras del divorcio, como nuestros padres hicieron con nosotros. Acuérdate...

Y como un caballero llegase ante Julia invitándola a bailar, ella puso fin de este modo a la penosa entrevista...

Ya no volvieron a verse solos en toda la noche...

También Vico rehuyó toda aproximación y se mantuvo en un plan de correcta frialdad con Kitty...

A altas horas de la noche acabó la fiesta.



Y cuando se marcharon los últimos invitados y la casa volvió a quedar vacía, Kitty y su marido se consideraron más separados que nunca, después de haber pretendido en vano reconquistar el amor primero de sus vidas...

\*  
\*  
\*

Unos días después, Teddy recibía una melancólica carta de Julia:

*Mi querido Teddy:*

*Me caso con Vico porque éste parece ser el camino más fácil para separarme de tu vida para siempre... Quiero que tú y Kitty viváis siempre juntos por el bien de tu hijita, pues hay que impedir que sea otra criatura del divorcio.*

*Julia.*

Un gran abatimiento se apoderó de Teddy. ¡Entonces... todo inútil... todo! Julia, que no amaba a Vico como le quería a él, se sacrificaba poniendo un obstáculo mayor.

Mientras tanto, Kitty leía en un diario esta noticia:

*En los círculos sociales se comenta la noticia del inmediato enlace del noble joven italiano príncipe Vico con la señorita Waddington, una de las fortunas más colosales de América.*

Enloquecida, arrugó el papel con desesperación... Comprendió toda la grandeza del gesto de Julia.

Ella seguía amando a Teddy y quería casarse para impedir resueltamente el propósito de divorcio.

Un oleaje de pasiones conmovió a Kitty... Había visto a Teddy más sombrío que nunca, como si pensara todavía más en aquella otra mujer. ¡Y luego, Vico, Vico se casaría con Julia!

La conciencia le acusó de haber cometido mucho daño.

¡No había sido ella también la causa de tanto dolor!

Su hijita pasó, acompañada de la miss,

per el salón donde estaba Kitty. Iba a salir de paseo...

Kitty la besó con inmenso amor y pensó que era este el único lazo que la unía a la vida...

Marchó la niña, y se sintió sin fuerzas para resistir. Kitty era, desdichadamente, una mujer débil... No podría tolerar ver a Teddy siempre sombrío al lado de ella, y a Julia casada con un hombre al que no quería.

Además, el alma le recordaba de muchas cosas...

Decidida a todo, con una resolución imposible de refrenar, escribió esta carta:

*Julia querida:*

*Me he dado cuenta de lo que significa vivir sin amar. Con mi conducta no he hecho más que haceros desgraciados a todos... Cuando este billete llegue a tus manos no tendrás necesidad de casarte con Vico, porque yo habré dejado de ser un estorbo a tu felicidad.*

*Tú y Teddy os pertenecéis el uno al otro. Lo veo ahora tan claro, que me parece un crimen el que no seas tú la madre de su hija.*

*Adiós y perdóname.*

*Kitty*

Cerró la carta y la entregó a una criada para que la mandasen en seguida a su destino.

Iban cayendo lágrimas de su rostro... pero ella... no podía ya vivir. Con su sacrificio haría hasta la felicidad de los que sufrían... porque Teddy amaba a Julia y ésta a él... Y también Vico quedaba libre... ¡Vico, que era todo el amor de la vida de Kitty!

Dando una última ojeada a la habitación, se encaminó a su cuarto...

Iba con paso vacilante, torpe...

Sentóse sobre la cama y empuñó un revólver...

\* \* \*

Un mensajero llegó poco después a casa de Julia, entregando la carta de Kitty.

Julia, sacrificada noblemente en aras de



la felicidad ajena, estaba hablando con el príncipe.

Al recibir la carta, Vico y ella convinieron en que Kitty era capaz de haber realizado algún disparate.

—¿Qué habrá hecho esa desgraciada? ¡Qué locura, Dios mío! ¡Corramos allá!

Se dirigieron rápidamente en un automóvil al hotel de Kitty, pensando en qué había podido hacer aquella gran apasionada.

Vico inclinaba la cabeza, en silencio... El también había querido casarse para olvidar a Kitty...

Cuando llegaron al hotel, la espantosa realidad se presentó ante ellos. La madre de Kitty y Teddy les comunicaron la terrible noticia.

Kitty, en un raptó de locura, se había disparado un tiro en el pecho... Los médicos estaban en consulta.

Un gran dolor estremeció a Julia, que comenzó a llorar por la suerte de su amiga.

¡Loca... romántica! ¿Qué había hecho?

Vico y Teddy callaban, ensombrecidos por dolorosas visiones, mientras la madre de Kitty, la dama divorciada tantas veces, gemía en un rincón.

De pronto los doctores salieron de la

consulta. Diagnóstico fatal. ¡Kitty se moría!

Teddy suplicó, dolorido:

—Doctor, no sería posible un medio, algo, para salvarla?

—Cuando la muerte llama a la puerta, es todo inútil...

Julia, desesperada por el fin estúpida-mente trágico de su amiga, entró en la habitación y se acercó al lecho.

Entre un montón de gasas resplandecía, con los ardores de la agonía, la cabecita de Kitty.

Julia, llorando, la besó...

La moribunda alzó los ojos, sus labios se entreabieron:

—No llores, Julia—dijo reconociéndola—. Soy indigna de que nadie lllore por mí...

—¿Por qué hiciste esto, Kitty? ¡Locuela!

Ella, respirando entrecortadamente, respondió:

—No supe hacer otra cosa... He sido una egoísta... Con mi egoísmo hice desgraciados a todos los que me querían... ¿Verdad que me perdonas, Julia?... Tú sabes cómo fue mi infancia... sin amor... sin hogar... sin nada...

—¡Por Dios, Kitty, no hables así!... Tú te salvarás... Recuerda que tienes una hijita y vivirás para ella...

—¡No... no puedo vivir... no... debo...

vivir! ¡Quédate tú con ella, Julia! Tú serás para mi hija una madre mejor que yo...

Kitty... chiquilla!

—Yo te robé a Teddy... y te lo devuelvo.



*Julia y Teddy, algún tiempo después...*

Julia, que mi niña no sepa nunca la suerte de su madre.

En el umbral de la puerta, no atreviéndose a entrar, estaba Teddy con la madre de Kitty y el príncipe.

Julia besaba el rostro de su desdichada

amiga... De pronto ella suspiró con una voz más delicada, casi imperceptible:

—¡Julia... tengo miedo!...

Sus manos buscaron la de ella... la tocó... Parecía sentir un terror como el de aquella primera noche en el colegio...

—¡Julia! —gimió.

No dijo más...

Una suprema contracción... y la muerte!

✱

Todo pasa, todo... Sobre la muerte, el amor...

Julia y Teddy, algún tiempo después unieron sus destinos... Lo mandaba la otra, lo mandaba la niña que había encontrado en Julia la madre que le faltara...

Y Vico, abandonando sus proyectos de boda, se dirigió a su país, a su palacio de Venecia, para llorar en la ciudad azul aquel trágico amor perdido...

FIN



Próximo número:

El dramático asunto

## **CABARET**

Interpretado por

GILDA GRAY y TOM MOORE

Pida usted a su librero

## **BEN-HUR**

Por Ramón Navarro

Formidable asunto publicado en las selectas  
EDICIONES ESPECIALES de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

Argumento narrado por Francisco-Mario BISTAGNE y André BAYON

El día 15 del corriente se puso a la venta y  
está obteniendo un gran éxito, la novela de  
Francisco-Mario BISTAGNE

## **MUJERES...**

editada en la BIBLIOTECA  
«NUESTRO CORAZÓN»

**PRECIO. 1 PESETA**

